

Dr. Marcelo Armando (Miembro de la Asociación Colegio de Psicoanalistas)

Dr. Rodolfo Espinosa (Miembro de la Asociación Colegio de Psicoanalistas y de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires)

Dr. Ricardo Spector (Miembro de la Asociación Colegio de Psicoanalistas y de la Asociación Psicoanalítica Argentina)

Lic. Alfredo Tagle (Miembro de la Asociación Colegio de Psicoanalistas)

Notas sobre las representaciones de poder y su relación con el entramado narcisístico

La comunidad y sus regulaciones políticas se nos aparecen como elementos externos al mundo singular y a su espacio más próximo, la familia. Sin embargo, ya desde sus orígenes, el psicoanálisis no duda en advertir la continuidad que existe entre estos espacios. El lugar del padre en la lógica freudiana se recorta como agente de la castración o como figura de condensación en los fenómenos de masas. Estas diferentes posiciones dan cuenta de la triangularidad edípica en el mundo familiar, y recogen al mismo tiempo la relación con el espacio social, tradicionalmente reservado al hombre. De los primeros momentos de la dinámica psíquica, sujetos a la omnipotencia del deseo, a las formas más sofisticadas de funcionamiento a través de las representaciones palabra, el complejo de castración supone un corte que habilita el pasaje hacia una estación diferente en el recorrido de la dinámica intrafamiliar a la cultura. Su operación supone un impacto sobre el narcisismo. Desde la ilusión de completud narcisista, a la herida que habilita la incorporación a la comunidad, Freud descubre las escisiones que acompañan este proceso. No se trata de un corte que atraviese a todo el aparato psíquico por igual.

Las circunstancias del poder en la comunidad humana exhiben de manera particular la persistencia de formas de omnipotencia que conviven con la renuncia. A la vez son testimonio de cómo en el ejercicio de representación el psiquismo se autorepresenta. Podrá darse un abanico de posibilidades que van desde el reconocimiento de lo otro hasta la persistencia de la ilusión narcisista, exceso en el que la percepción se opaca hasta la ceguera.

En la observación de la escena de poder la complejidad de lo que allí se pone en juego es amplia, pero se podrían establecer algunas constantes, valiéndose de los argumentos que la producción teórica psicoanalítica ha ido aportando a lo largo de su historia. Nuestro léxico nos ofrece una gama relativamente variada de términos sugerentes: idealización, ilusión, certeza, mito, desmentida, escisión del yo, alienación, religiosidad. Todos ellos, aunque no equivalentes, suponen una precisa operación común: un movimiento de apartamiento, (de toma de distancia, de rechazo) de alguna representación o grupo de representaciones, con sus concomitantes experiencias emocionales, que vendrían a dar por tierra con la instalación de la escena. A su vez estos términos traen a colación argumentaciones relativas a la constitución del Yo desde sus míticos orígenes. Parece obligado remontarse a las referencias freudianas a los primeros estadios en la construcción del Yo: vivencia de satisfacción, alucinación primitiva, Yo de Realidad inicial, Yo de Placer purificado, Nirvana, construcción del Yo ideal. El examen de realidad se construye laboriosamente y con tropiezos y a lo largo del camino parece siempre en riesgo de vacilar. En ese camino se abren a veces -como en las creencias políticas, religiosas, esotéricas- espacios alternativos en los que el yo se permite alojar mociones contradictorias, conservando por un lado el examen de realidad, y dando curso por otro a una acotada desmentida de la misma. (Manonni: “Ya lo sé, pero aún así ...”) Otras veces se recae en un rechazo más radical de todo aquello que amenace con poner límites a la expansión del yo.

XXXXXXX

La familia Alsogaray proviene de las gestas en que con coraje se ofreció la vida para conquistar la patria. Tanto el padre como el entrevistado y su hermano muerto en Tucumán participaron activamente de la vida política del país. El padre, en el golpe de estado que derrocó al presidente Illia. Los hijos, años después, en las filas de Montoneros. Ante una pregunta por la decisión de participar en la lucha armada, el hijo sobreviviente señala: “...crecimos en un país en el que prácticamente todo el siglo veinte estuvo atravesado por la interrupción de la vida democrática a través de sucesivos golpes de estado”.¹

¹ Entrevista de Magdalena Ruíz Guiñazú, presentada en un taller de este mismo congreso Después de la independencia (1810-1816) Argentina estableció un sistema electoral mediante voto cantado. La ley Sáenz Peña (1912) sancionó a través del voto secreto la posibilidad de un primerísimo ejercicio democrático, todavía vedado a la mujer, que recién podrá participar a partir de 1947.

Los sistemas de representación son intentos de organización social que como fruto de auténticas batallas de poder (la política es una prolongación de la guerra) pretenden soldar valores (por ejemplo, libertad, igualdad, fraternidad) en una narrativa que organice las expectativas identificatorias de los agentes sociales de una época. La naciente burguesía del siglo XVIII organizó formas de representación que reemplazaran la que hasta entonces se estructuraba sobre el derecho divino. Sería ingenuo pensar que sólo el soberano se atribuía a sí mismo determinados derechos excepcionales: parece más adecuado considerar que el pueblo a su vez lo investía bajo una forma de excepción que opacaba, bajo rigurosos ritos y ceremoniales, los sacrificios a los que estaban sometidos la mayoría de los mortales. Freud alude metafóricamente a esa figura para señalar el momento de mayor excepcionalidad narcisística: su majestad el bebé.

La organización democrática tampoco puede erradicar por completo la pretensión de excepcionalidad. Los elementos narcisistas constitutivos de las identificaciones colectivas no se disipan sino que, en el mejor de los casos, se van tramitando. La vivencia de omnipotencia que inaugura la alucinación primitiva es producto de una ilusión que es acotada en parte por la persistencia de la necesidad, pero a la vez se perpetúa gracias a la asistencia materna. Ya Freud advierte, en un pie de página de “Formulaciones sobre los dos principios”, la posibilidad de “ficción” que hay en una organización regida por el principio de placer y que descuide la realidad objetiva: “con tal de que le agreguemos el cuidado materno”.² Este espacio de ficción en el que el yo se enseñorea haciendo ejercicio de su omnipotencia, gracias en un principio al sostén materno, encontrará luego en la trama cultural el soporte para su tramitación y continuidad.

Desde los juegos infantiles hasta los más sofisticados productos culturales se articulan sobre éste territorio potencial donde lo dado se transforma, abriéndose hacia lo posible. Pero el escenario para el despliegue ficcional tiene bordes en los acuerdos o pactos culturales. Más allá de la ilusión compartida están los otros, los que no comparten esta ilusión, o tienen otra. Los chicos pueden jugar juntos mientras logran

Sin embargo, en septiembre de 1930, en junio de 1943, en septiembre de 1955, en marzo de 1962, en junio de 1966, y en marzo de 1976, los golpes de estado interrumpieron el incipiente ejercicio democrático.

²Obras completas. Amorrortu editores. Tomo XII. (pág. 225)

superponer sus ilusiones individuales. Pero por fuera de esa convergencia surgirán enfrentamientos y peleas, que ya no serán ilusorias. Para continuar el juego necesitarán de acuerdos y limitaciones que les permitan mantener viva la ilusión. Habrá entonces un adentro y un afuera del juego, de la película o de la novela. Sin esa presencia del límite, de la aceptación de la falta, la ilusión tiende a transformarse en algo concreto, con pretensiones de hegemonía, de absoluto. Y se entraría allí en el terreno de la convicción.

Hasta las religiones, que en su búsqueda de lo absoluto se referencian a un más allá, suelen aceptar un límite, el que circunscribe a los fieles de su creencia. Mannoni (ya lo sé pero aún así...) se refiere a la desmentida parcial, siempre presente en cualquier creencia. Pero cuando el límite desaparece, cae la creencia y se transforma en convicción, pierde su “ya lo sé” y se coagula como certeza. Cualquier otra creencia se vuelve una afrenta, una amenaza contra la propia convicción. Entonces se hace necesario expulsar a estos “otros” de la propia condición: son salvajes, o judíos, o infieles, pretextos que permitan sostener una desmentida.

Los juegos, y las creencias, y las ilusiones colectivas, corren siempre el riesgo de concretizarse como convicciones delirantes que procuren someter o eliminar a los que no participan, a los que ponen un límite insoportable a su majestad el bebé, a los “otros”, pudiendo llegar hasta el más extremo fanatismo.

La cultura ha intentado modos de organizar estas tensiones. En “Moisés y el monoteísmo”³, Freud reflexiona sobre las vicisitudes de la conformación de un universo que sostiene la certeza de excepcionalidad de un dios respecto del todo: *“La religión también proporcionó a los judíos una representación de Dios mucho más grandiosa o, como se podría decir con mayor sobriedad, la representación de un Dios más grandioso. Quien creía en ese Dios, participaba en cierta medida de su grandeza, tenía derecho a sentirse él mismo enaltecido”*. Resulta claro que no se refiere sólo al pueblo judío. Algo más adelante, toma el ejemplo de los británicos *“que en un país extranjero que se ha vuelto inseguro a raíz de alguna revuelta,... el británico da por sentado que su Government enviará un buque de guerra si a él le tocan un pelo.”*

Freud sugiere que para sostener los sentimientos de orgullo y diferenciación la comunidad se adscribe a un representante que organiza una noción de pertenencia colectiva y el mismo movimiento deviene en libido del yo.

³ Ricardo Avenburg: Diálogo con Freud: El progreso de la espiritualidad en “Moisés y el monoteísmo”

“No se olvide que la historia de cada quien se teje en la necesidad de ser reconocidos ilimitadamente... Estamos sujetos encarnizadamente a ser reconocidos y tener respuestas... Cuando ésta falta de los otros, nos devoramos a nosotros mismos y nos volvemos bestias...”⁴

El equilibrio es delicado porque necesitamos ser reconocidos en nuestra singularidad tanto como en nuestra representación colectiva, ambas siempre en tensión. Cuando el equilibrio se quiebra el riesgo es el de caer en la exaltación .

Interrogado Freud acerca de la creación del estado de Israel, destaca dos cuestiones particularmente pertinentes: que el discurso político exige cierta exaltación, cierta altisonancia de la voz a la que él no es proclive. Y además, que él no hubiera propuesto el territorio de Palestina, pues sería demasiado difícil tolerar para otros compartir territorio dada su respectiva necesidad de identidad.⁵

La segunda guerra mundial llevó hasta el horror la prueba de los alcances que puede tomar la agresividad humana. Lanzó una serie de preguntas sobre el hombre de las que el movimiento psicoanalítico no fue ajeno. El holocausto marca un antes y un después en cuanto a las preguntas que el hombre se hizo sobre su propia condición. De ellas se derivó un paso fundamental en el largo camino de construcción de los llamados derechos humanos. El movimiento psicoanalítico participó del proceso de elaboración. El estupor por lo ocurrido obligó a la pregunta: ¿qué origina la crueldad? ¿Se trató del poder de un puñado de perversos que llevaron a los hombres hasta ese extremo? ¿O fue el efecto de ciertas condiciones sociales?⁶

Todo parece indicar que el discurso político social que procure dar cuenta de lo real en un determinado momento no sólo debe poder abarcar de la mejor manera posible la realidad económica, sino también organizar el sentimiento de sí de un determinado grupo social en convivencia con otros.⁷

⁴ Robert Antelme: Los principios en examen. Tel Gallimard

⁵ Carta escrita a Chaim Koffler 26 de febrero de 1930. Tomada del citado trabajo del Dr. Ricardo Avenburg

⁶ Elisabeth Roudinesco se pregunta (Nuestro lado oscuro): “¿Cómo se convierte uno en genocida? ¿Qué clase de perversión los llevó a convertirse en asesinos del género humano? ¿Son naturalmente monstruos o, por el contrario, son los vástagos de una cultura o de una educación? En Nüremberg se reactivó el debate sobre el origen del mal. Se convocó a expertos en psiquiatría, psicología, neurología. La mayoría de las conclusiones resultan pobres, intentan demostrar que para realizar dichos actos, pese a su normalidad aparente, eran forzosamente psicópatas. En un célebre congreso realizado en Londres en 1948 se llegó a la descabellada idea de que se sometiera a una cura psíquica a todos los grandes hombres de estado”.

⁷ Claude Lévi-Strauss define con particular claridad la relación entre el dios que construimos y la mirada sobre nosotros mismos que la misma supone: “Se empezó por separar al hombre de la naturaleza y por hacer de él un reino soberano: se creía así borrar su carácter más irrecusable, el del ser, ante todo un ser vivo. Y al cerrar los ojos a esta propiedad común se dio vía libre a todos los abusos. Nunca mejor que al cabo de los últimos cuatro siglos de su historia puede el hombre occidental comprender que, al arrogarse el derecho de separar radicalmente la humanidad de la animalidad, concediendo a una todo lo que se quitaba a la otra, abría un ciclo maldito, y que la misma barrera (..) serviría para separar a unos hombres de otros, y reivindicar, en beneficio de una minorías cada vez más restringidas, el privilegio de un humanismo corrompido al nacer, por haber hecho del amor propio su principio y noción”.

La democracia pretende organizar una estructura, privilegiando el sistema de representación por encima de quienes lo encarnan, pero no puede dar garantías definitivas. En la introducción al estudio sobre el presidente Thomas Woodrow Wilson, Freud anota: “Se nos informó que Wilson, como presidente electo, se desembarazó de uno de los políticos que le hacían notar sus servicios en la campaña electoral, con estas palabras: “Dios ordenó que yo fuese el próximo presidente de los Estados Unidos. Ni usted ni ningún otro mortal o mortales podrían haberlo impedido”. No sé cómo evitar la conclusión de que un hombre capaz de tomarse las ilusiones de la religión tan al pie de la letra y tan seguro de tener una especial intimidad personal con el Todopoderoso, no es apto para mantener relaciones con los comunes hijos del hombre.” Para concluir, más adelante: “Como todos saben, también el campo enemigo durante la guerra albergaba a un amado elegido por la providencia: el Kaiser.”

Resumen:

Los autores reflexionan sobre las relaciones de reciprocidad entre algunos ejemplos históricos y los discursos sociales en relación a la trama del narcisismo humano. Ponen de relieve que las condiciones de reconocimiento singular necesarias en los fenómenos de identificación, guardan siempre presentes los riesgos de trasmutarse en formas de exaltación de la excepcionalidad rayanos con la megalomanía, con los consiguientes peligros de persecución y agresividad.

Palabras claves: Discurso social, singularidad, excepción, megalomanía

Bibliografía

Avenburg, Ricardo: Diálogo con Freud, el tema del progreso en la espiritualidad en “Moisés y el monoteísmo”: avenburgobrascompletas.blogspot.com

Freud , Sigmund: Psicología d las masas y análisis del yo, 1921, Amorrortu Editores

Freud, Sigmund: Moisés y la religión monoteísta, 1939, Amorrortu Editores

Levi Strauss, Claude: Antropología estructural, Barcelona, Paidós, 2000

Mannoni, Octave: La otra escena: claves de lo imaginario, Amorrortu Editores, 1990

Roudinesco, Elizabeth: Nuestro lado oscuro, Editorial Anagrama, 2009